

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

LA PROYECTADA CONFERENCIA DE SEGURIDAD EUROPEA

A primeros de octubre todo daba a pensar que la misión encomendada a Manlio Brosio por los países de la OTAN, reunidos en Bruselas en Consejo extraordinario, tenía el viento en popa y que a corto plazo, de mano de Bélgica, el ex secretario general de esa Organización iba a emprender viaje a los países del Pacto de Varsovia para iniciar conversaciones exploratorias, tendentes a considerar la posibilidad de una «reducción mutua y equilibrada de fuerzas» en Europa. Era el primer paso hacia la tan traída y llevada Conferencia de Seguridad europea. Propuesta por la URSS y sus aliados del Este, deseada por algunos países neutrales y aceptada, en principio, por las Potencias occidentales, esa proyectada Conferencia parecía destinada a celebrarse sin grandes demoras. Sin embargo, 1971 ha finalizado sin que Manlio Brosio se haya puesto en camino ni se haya vuelto a aludir a su misión. El hecho es tanto más inesperado cuanto que, al cabo de los años, se da la condición previa impuesta por los occidentales para iniciar las conversaciones por haberse resuelto por buenas componendas el problema de Berlín-Oeste.

Con todo, aun resuelta tan espinosa cuestión, se impone ardua una Conferencia que no se plantea en términos maniqueos de dos bloques coherentes y enfrentados. Ciertamente, el Este constituye un bloque más o menos dominado por la URSS—el menos se refiere singularmente a Rumania—. En cambio, el Oeste, en la amplia acepción de la palabra, comprende los países de la OTAN, cuyos criterios no son absolutamente unánimes, más Francia, que no pertenece a la OTAN y sí al Pacto del Atlántico Norte, más los países neutrales, como Austria, Suiza y Suecia, o que no son formal-

mente parte de los «atlánticos», como España, o que están en equilibrio entre el Este y el Oeste, como Yugoslavia. A esta compleja realidad hay que agregar, en lugar aparte, a Albania, especie de caballo de Troya de China en Europa.

Resulta así claro lo embrollada que se presenta inicialmente una Conferencia cuya iniciativa corresponde a la URSS, que lanzó la idea en 1954, con el propósito de impedir el rearme de la República Federal y su adhesión a la OTAN. Fracasado el intento, el proyecto quedó archivado hasta 1966, al acentuarse la tensión soviético-china. Entonces resurgió como una novedad en la reunión del Pacto de Varsovia de Bucarest. La OTAN hizo oídos de mercader, y sólo en junio de 1968, en Reykjavik, los occidentales se declararon dispuestos a negociar la reducción equilibrada del dispositivo militar a ambos lados del telón de acero. Sus buenas disposiciones se vieron seriamente afectadas por los sucesos de Checoslovaquia, cabe decir que impuestos a la URSS por uno de los objetivos fundamentales de su estrategia global: mantener la integridad del Imperio constituido al socaire de la II Guerra Mundial. Para lograrlo arrolló la soberanía checoslovaca, sin dejar en olvido el segundo, disociar el campo occidental para debilitarlo, ello mediante negociaciones en orden disperso con Estados Unidos, Francia, Italia y la República Federal, lo cual podía redundar en beneficio del tercer objetivo: neutralizar a China y su influencia.

Fue la eventualidad de un choque armado con China la que incitó, en 1969, a la URSS a congraciarse con el conjunto de los países occidentales. En marzo y octubre, respectivamente, en Budapest y Praga, con motivo de reuniones del Pacto de Varsovia, volvió sobre la celebración de una Conferencia de Seguridad europea, que, desde el punto de vista de su interés nacional, cubría su retaguardia en caso de conflicto en Asia. Pero lo conveniente en 1969 tal vez no lo sea tanto a estas alturas, una vez que la URSS dispone de una base operativa en la Unión India. Por lo tanto, cabe dudar del deseo de la URSS de acudir con sus aliados del Este a semejante Conferencia, aunque no menosprecie el importante factor que para ella representaría una Europa neutralizada en caso de éxito.

Porque si Moscú da largas, y tal parece hoy, a la proyectada Conferencia, la causa ha de buscarse al Este, en lo que se llama todavía, un poco por rutina, «el bloque soviético». Es dudoso que ese supuesto bloque esté en condiciones de cohesión que permita a la URSS exponerlo a los riesgos derivados de negociaciones internacionales, cuyo desarrollo no está segura

de dominar. Los graves sucesos de Polonia de diciembre de 1970 mostraron claramente que, junto al país legal, indudablemente comunista y vinculado a Moscú, existe un país real preocupado de su interés nacional y que puede rechistar. Otro tanto se evidenció en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968.

Ha corrido mucha agua bajo los puentes de los países satélites desde los tiempos de Stalin y, quiéralo o no, la URSS ya no impera como imperó en el Este. Tal demuestra el ir a su aire de Rumania, en los mejores términos con Pekín. Aunque ningún país del Este pueda zafarse de su pertenencia al COMECON o al Pacto de Varsovia, ni siquiera Rumania, que tampoco lo intenta, existe la tendencia, imposible de reprimir, de ponerle a la URSS las peras al cuarto, en particular con relación a perspectivas de conflicto en Asia. De suerte que si bien la URSS desea la celebración de la Conferencia de Seguridad para llegar a un arreglo con Europa, que le daría mayor libertad de movimientos frente a China, es incuestionable que ha de considerar el riesgo de dar pábulo a tendencias nacionalistas de sus aliados. No dejan de manifestarse al pasar del tiempo y a medida que los riesgos de un enfrentamiento con los países occidentales se van difuminando. A este respecto, la *Ostpolitik* y sus logros prácticos—aunque sea con la contrapartida de concesiones—entraña para los países del Este una seguridad que forzosamente hará menos imprescindible el apoyo soviético, sobre todo para Polonia. El relajamiento de la tensión entre el Este y el Oeste, conveniente para la URSS en lo inmediato, no lo es posiblemente tanto a largo plazo, pues la evolución que se ha iniciado en sus aliados hacia una cierta independencia es difícil de atajar. Si a estas consideraciones se agrega que la presencia en la Conferencia de una Albania aplicada a entorpecer las maniobras soviéticas y alentar latentes independencias constituye un peligro, se explica que Manlio Brosio haya tropezado con reservas y excusas a la hora de acometer su tarea de información y tanteo. En momentos en que Pekín multiplica sus denuncias de las ínfulas imperialistas del Kremlin hay que cerrar filas.

De forma que si el problema chino animó a la URSS a pedir la Conferencia de Seguridad, tal vea sea también el problema chino el que aconseja actualmente su aplazamiento, por temor a que China la aproveche para desplegar su estrategia indirecta de país que persigue tenazmente el derrumbamiento de la fortaleza soviética, pese a haberse visto humillado junto con su aliado pakistaní.

LA CRISIS MONETARIA OCCIDENTAL

La decisión de celebrar en Wáshington los días 17 y 18 de diciembre una nueva reunión de los Diez es prueba de que se vislumbra un entendimiento a no largo plazo, mediante la adopción de alguna de las «hipótesis que se han examinado sin tomar posición» en Roma, como ha declarado el ministro galo de Finanzas, Giscard d'Estaing, en cierto modo coreado por el secretario norteamericano del Tesoro, que ha mencionado «pequeños progresos en la negociación». Dicho lisa y llanamente, el resultado más sobresaliente de las discusiones romanas es que los países más industrializados del mundo occidental han estado de acuerdo sobre la urgente necesidad de ponerse de acuerdo para remediar la situación creada por las medidas que los Estados Unidos adoptaron el pasado 15 de agosto. En efecto, al relevar el dólar de la misión de convertibilidad que asumió en Bretton Woods, ha empezado a tambalearse no sólo el edificio monetario levantado de cara a la posguerra, sino también el tinglado del comercio y la economía de los países occidentales. Es decir, los peligros entrañados en esa situación que afecta a intereses a un tiempo opuestos e imbricados y en la que inciden factores políticos.

Por supuesto, a nivel de ministros y directores de bancos nacionales concentrados en Roma, el tema no se ha expuesto en términos tan descarnados y elementales. Pero por mucho tecnicismo que se le eche a la cuestión, se trata de que el abandono por los Estados Unidos de la convertibilidad del dólar y la tasa del 10 por 100 a las importaciones hacen correr un riesgo de anquilosis o recesión a la economía y el comercio de países amigos o aliados, singularmente a los Seis del Mercado Común. Su cohesión ha estado sometida a dura prueba en Roma, debido a la terca negativa de Connally de devaluar oficialmente un dólar devaluado en los hechos, como si aquello fuera condición fundamental del éxito de las medidas de agosto. Lo cierto es que no han resuelto, como se esperaba, los problemas norteamericanos ni han podido aplicarse con todo rigor. Así, en muchos casos, se ha reconsiderado la congelación de precios y salarios, sobre todo de salarios. Pese a este ejemplo de adaptación a la realidad práctica de las teorías destinadas a restablecer el equilibrio de las balanzas de pagos y comercio de los Estados Unidos, John Connally se ha mostrado inflexible. En cambio, no vaciló en insistir para que se revaloraran las restantes monedas, cier-

to que con la contrapartida de la supresión de la famosa tasa del 10 por 100. Aunque el grupo de los europeos presentes en Roma—que es preciso distinguir de Japón—no hubiera llegado a un criterio unificado en las reuniones celebradas al margen de las reuniones de los Diez, y en las que figuró Gran Bretaña, anticipándose a su ingreso en la Comunidad Europea, a falta de una cohesión constructiva hubo una cohesión negativa, en el sentido de que todos los europeos estuvieron acordes para rechazar las propuestas norteamericanas. La tenacidad con que John Connally defendió una posición atacada por tirios y troyanos, o sea, tanto por Francia como por la República Federal, que se resiente del interrogante planteado por la fluctuación del marco, lleva a preguntarse si en el propósito de los Estados Unidos la reunión de los Diez en Roma, lo mismo que la de mediados de septiembre en Londres, no era mero compás de espera. En tal caso, a John Connally le correspondió el papel de «duro» y su actitud fue táctica. Se trataba de ceder cuanto menos terreno fuese posible antes de la negociación que Wáshington quiere preparar por el camino de una serie de conversaciones bilaterales. Así se evitaría acaso la constitución de un frente monetario europeo que, ensanchado por Gran Bretaña, representaría para los Estados Unidos una amenazante fuerza económica y comercial, debido a la creación de ese «sistema monetario regional» que mencionó el ministro italiano del Tesoro, Ferrari Aggradi. Al no llegarse a conclusiones concretas en Roma, quedó en el aire una fórmula cuya aplicación, por lo demás, habría de tomar en cuenta el componente político de la crisis monetaria.

Por ello, en la serie de «cumbres» programadas para diciembre y enero entre el presidente Nixon y los jefes de Estado o gobierno de los principales países aliados, aparece en filigrana el propósito de arribar a lo monetario pasando por lo político, una vez que Connally ha preparado la maniobra en Roma haciendo un esfuerzo de contención. Desde luego, la razón aducida para esas «cumbres» es concertarse con los aliados antes de emprender viaje a Pekín y Moscú. En realidad, se apunta a recomponer la unidad del mundo occidental, maltrecha por el enfrentamiento económico. Que tal es el objetivo perseguido por el presidente Nixon lo revela el que la primera «cumbre» solicitada sea la que ha de celebrar los días 13 y 14 de diciembre con Pompidou, presidente del país que ha mantenido la postura de mayor firmeza para resistir las presiones encaminadas a dejar fluctuar su moneda o revalorarla. La atención que los Estados Unidos dispensa a Francia confiere categoría internacional a un país que, por defender ásperamente su in-

dependencia, sirve el interés nacional y, no en escasa medida, el interés europeo. Así lo ha entendido Francia, halagada por ver a su presidente antepuesto al *premier* británico Heath y al canciller Brandt a la hora de acometer grandes arreglos con los aliados, previos a la puesta en marcha de la nueva política nixoniana. Que tales arreglos son en primer término de orden monetario lo indica la presencia en la isla Terceira de Giscard d'Estaing y John Connally.

De otra parte, no por casualidad la «cumbre» Nixon-Pompidou tendrá lugar después de la reunión de Roma, que fue un tanteo útil, y también después de la entrevista Pompidou-Brandt en París. A petición del canciller de la República Federal se celebró al margen de las reuniones periódicas previstas por el tratado franco-germano en 1963. En este encuentro se consiguió restablecer la tan necesaria cooperación y amistad entre Francia y Alemania, perturbadas por los choques personales habidos en Bruselas entre el ministro alemán de Finanzas, Karl Schiller, y Giscard d'Estaing, lo cual se había sumado a la tensión provocada por criterios contrapuestos en materia de crisis monetaria. Era lógico, por consiguiente, que de la entrevista Pompidou-Brandt surgiera un acortamiento de las distancias entre París y Bonn, tanto más cuanto que Schiller había dado en Roma pasos hacia Francia, echándole agua al vino de su decidida defensa del punto de vista norteamericano. De suerte que esta sucesión de conversaciones, racionalmente articuladas, de los Diez en Roma, de Pompidou y Brandt, y de la isla Terceira entre los presidentes Nixon y Pompidou, aparecen como preámbulos de una próxima negociación generalizada, en la que todos los países cederán en sus posiciones para cortarle el paso a una crisis que, de otro modo, sería a escala mundial, ya que no hay sistema político capaz de poner un país a salvo de esa mohina.

LA CRISIS INTERNA DE YUGOSLAVIA

Sólo por hurtarse en 1948 a la tutela de la URSS de Stalin, sin modificar un ápice su régimen interior, Yugoslavia logró todos los pronunciamientos favorables de las potencias occidentales, empezando por los Estados Unidos. Por aceptar una ayuda económica, imperiosamente necesitada y superior a la concedida a países no comunistas, como España, pasó a disfrutar de la complacida benevolencia del mundo libre para desarrollar un marxismo-leninismo que, por ser peculiar y condenado por la ortodoxia soviética,

obtuvo la bendición de los occidentales aferrados a la democracia. Quizá sea la ambigüedad de la posición de Yugoslavia en el campo socialista la razón de que las agencias informativas occidentales no rastreen en el país en busca de noticias que lo enojen. Suelen limitarse a informar de los atentados perpetrados contra edificios o personalidades yugoslavas en el extranjero, como la del embajador asesinado en abril en Estocolmo. Atribuidos con fundamento a croatas, no se aclara si éstos pertenecen o no al partido *ustachi*, que de 1941 a 1944 gobernó en Croacia bajo la jefatura de un rey italiano que jamás pisó el suelo del país. Así se difumina la posibilidad de un malestar existente en la Croacia actual que, posiblemente, ni sueña con una independencia que sólo fue fingido relámpago en la larga noche de sucesivas dominaciones. Primero, la húngara, desde 1102 hasta principios del siglo xvi, en que, dominada Hungría por Austria, su anexo pasó bajo el dominio de los Habsburgos. Al caer el imperio austro-húngaro, los croatas se unieron a los serbios y los eslovenos para formar en 1918 el reino servio-croata-esloveno, que en 1929 adoptó el nombre de Yugoslavia, es decir, eslavos del sur, por contraposición a los del norte, rusos y polacos. Hasta esa unión las relaciones habían sido buenas entre los diversos pueblos eslavos de los Balcanes. Separados y dominados por países distintos, no se planteaba el problema de la supremacía que los serbios pretendieron ostentar inmediatamente, basándose, con razón, en que, sujetos a Turquía desde 1389, habían sido los primeros en luchar contra el poder extranjero.

La II Guerra Mundial descompuso el rompecabezas yugoslavo. Previa eliminación despiadada de los nacionalistas antialemanes de Mihailovich, bajo la férula comunista, Tito lo recompuso y amplió en 1945 con el nombre de República Popular Federativa de Yugoslavia, comprensiva de seis repúblicas, entre ellas Croacia, y de dos territorios autónomos. Pero ni la monarquía ni la república, por muy marxista que fuera, podía modificar el hecho histórico de que los pueblos eslavos de los Balcanes pertenecen a dos grupos distintos: los croatas y eslovenos de tradición occidental, católicos romanos que utilizan el alfabeto latino y han sido modelados por la cultura dispensada por Viena durante siglos, y los eslavos de la vertiente oriental, de tradición rusa y ortodoxa, que utilizan el alfabeto cirílico y se vieron sometidos al poder otomano. Aun prescindiendo del factor religioso, escasamente perturbador a estas alturas, quedan substratos distintos de civilización, cultura, costumbres e idiomas entre los eslavos occidentales y los orientales. El asesinato en 1934 del rey Alejandro I por terroristas croatas es exponente

de una larga lucha de Croacia contra el predominio de Serbia y que no es privativa del régimen instaurado por Tito.

A estos motivos de tensión, constantes en la vinculación servio-croata y cualquiera que sea la fórmula de tal vinculación, se agrega actualmente el factor económico, o sea el problema de un reparto de la riqueza producida por Croacia que esta república estima inadecuado, cual si tuviera un estatus semicolonial en la Federación. Croacia, la segunda república en importancia de Yugoslavia, por su extensión y población, es la más desarrollada del país desde el punto de vista agrícola, industrial y comercial. Debido a su floreciente turismo y su cuantiosa emigración (en la Europa occidental trabajan 200.000 croatas), es la república que mayor cantidad de divisas aporta al poder central. Sin embargo, no saca mayor provecho de esta circunstancia que las demás repúblicas y territorios autónomos, a los que acusa de comer la sopa boba. De lo justificado de la queja es prueba la decisión adoptada por Belgrado el 27 de diciembre de estudiar una nueva fórmula de más equitativo reparto de las divisas.

Estos son, en síntesis, los antecedentes lejanos y próximos de la crisis interna iniciada en Yugoslavia a mediados de noviembre y que aún colea.

La caracterizaron alborotos estudiantiles que, posteriormente, apoyaron a los dirigentes croatas del partido, abocados a dimitir bajo la acusación de Belgrado de excesiva tolerancia ante un supuesto separatismo, en realidad un liberalismo que recordaba «la primavera de Praga» y una protesta por el predominio servio en la policía, la administración y el Ejército. Y Belgrado actuó como la URSS en el caso de Checoslovaquia. Ha reaccionado tanto más rápida y decididamente cuanto que la agitación en Croacia podía correrse al territorio de Kosovo, poblado en un 60 por 100 por albaneses, y escenario hace un par de años de revueltas que hubo de aplastar el Ejército, y no la milicia o policía, como en Croacia, o bien a Macedonia, reivindicada por Bulgaria en voz alta o baja, según las circunstancias.

Es decir, el celoso cuidado con que Belgrado ha de velar por que ninguna de las repúblicas o territorios autónomos se salga de las filas de una Federación cuyo respaldo jurídico, la Constitución de 1963, recientemente enmendada, quizá no sea una garantía de que Yugoslavia es un frente unido, en condiciones de resistir presiones autonomistas, tensiones internas o intrigas extranjeras. A éstas aludió el presidente Tito a principios de 1971, sin mencionar a la URSS ni a Bulgaria. Pero es de presumir que, pese a la mejoría de las relaciones soviético-yugoslavas y al viaje de Breznev a Bel-

grado y sus lenitivas declaraciones, la URSS aprovecharía—si es que no la fomenta—la oportunidad de conflictos entre los pueblos de Yugoslavia para ampliar su área de influencia en los Balcanes.

Por ello, no parece dramatismo retórico que el presidente Tito se refiriese en un discurso a «las aves de rapiña que aguardan mi muerte para despedazar a Yugoslavia». La sucesión del presidente Tito, que logra en parte amalgamar pueblos diferentes, es muy complicada y cabe albergar serias dudas sobre la capacidad de resistencia de la República Federativa para soportar el golpe de su desaparición. No es preciso ser profeta para adelantar que una Yugoslavia dividida, por tanto debilitada, facilitaría a la URSS un nuevo acceso al Mediterráneo a través del Adriático. De ahí la importancia que tiene Yugoslavia en la partida que siguen jugando las grandes Potencias para predominar en el mundo, objetivo al que tampoco hace dengues China Popular.

CRISIS DE GOBIERNO EN TURQUÍA

Son muchos los problemas candentes que retienen la atención mundial y es lógico que se arrinconen otros, menos candentes, aunque no dejen de ser problemas que entrañan eventuales amenazas. Tal es el caso de Turquía, que de todos modos sólo mencionan de pasada los medios informativos y, generalmente, en forma escueta y desabrida. Ello se compagina mal con la importancia que Turquía tiene en el dispositivo militar de la OTAN, que le reconoce una posición clave en cuanto guardiana de los estrechos de los Dardanelos y el Bósforo. Sin duda, la misión de la OTAN es amparar a los países signatarios del Pacto del Atlántico Norte, que hoy por hoy no parecen correr riesgo de ataque soviético. En cambio la OTAN mira de reojo el Cercano Oriente y Norte de Africa, donde la URSS manifiesta una inquietante vocación de protectora del mundo árabe. Por este motivo, el papel de Turquía en la tarea occidental de no dejarse comer terreno es primordial, y cuanto acaece en ese país desborda el marco de lo interno para insertarse en el ámbito de lo internacional. Así, la crisis de gobierno que coleccionaba en Turquía desde principios de octubre, y que desembocó en la dimisión del gabinete de Nihat Erim, es prueba de un malestar político y social que podría derivar de nuevo hacia una agitación e inestabilidad generadora de interrogantes. Evidencia, además, que el derrocamiento por el Ejército del gobierno de Suleiman Demirel el pasado 12 de marzo no en-

derezó decididamente el rumbo del país, pese a constituirse entonces un gobierno de «unión nacional» presidido por el profesor de Derecho internacional y diputado del viejo Partido Republicano del Pueblo, Nihat Erim. Sin embargo, los objetivos que había de alcanzar este gobierno eran bien concretos: restablecer el orden público, singularmente alterado, y realizar las reformas previstas por la Constitución de 1961, que todavía siguen en fase de proyecto.

La primera parte del programa, indudablemente la más urgente, se ha cumplido sin desmayar. De los partidos y grupos de extrema derecha e izquierda, de variados matices e importancia, no ha quedado títere con cabeza. Los que conservan la cabeza han optado por un prudente sosiego o acaso compás de espera. Por lo tanto, el terreno estaba desbrozado para acometer las tan anunciadas reformas económicas, sociales y agraria. Entonces empezó a atascarse el carro gubernamental, comprensivo de miembros del partido de la Justicia, cuya jefatura ostenta Demirel. Si en la cúspide del poder, Demirel, hechura de los grandes terratenientes y grupos de presión, opuso la fuerza de la resistencia pasiva a las reformas previstas en 1961, milagro hubiera sido que la caída política modificara su actitud. Entre tanto, el general Batur, jefe de las Fuerzas Aéreas, clamaba en un artículo de prensa por «las reformas que permitirán el rápido desarrollo de Turquía, conforme a los principios de la justicia social...», agregando que podrían producirse «nuevos atentados a la democracia», o sea, una nueva intervención del Ejército, de no emprenderse ese camino. Sus advertencias se vieron apoyadas por las del jefe de las Fuerzas Navales. Fueron prédicas en el desierto, como lo mostró el posterior desarrollo de una situación, tan densa en lo político que la instauración de un régimen militar pareció inminente. No hubo tal. A trancas y barrancas y pese a sucesivas dimisiones de ministros del partido de la Justicia, el gobierno Erim fue resistiendo hasta el 3 de diciembre, en que presentó la dimisión. Presionado por el Consejo Nacional de Seguridad, dominado por los militares, el presidente de la República, general Sunay, encomendó a Nihat Erim que formara nuevo gobierno. Así lo ha hecho, constituyendo el 11 de diciembre un gabinete integrado por 25 ministros, de los cuales 14 son parlamentarios y 11 técnicos. El Ejército ha sacado al país del bache político sin vulnerar las instituciones democráticas, cuya custodia le encomienda la Constitución.

¿Podrá este gobierno salir airoso de la empresa de aplicar la segunda parte del programa de acción señalado en marzo, ello a pesar de un parla-

mento con mayoría justicialista o neo-justicialista? Todo sugiere que los intereses privados e inmediatos, democráticamente parapetados en el sistema defensivo de la mayoría parlamentaria, procurarán impedirlo, por estimar que, restablecido el orden, es innecesario modificar la situación económica y social. Y el nuevo gobierno Erim no podrá hacer lo que no hiciera el anterior, aun con el respaldo del Ejército, que no puede actuar a la una. No es un conjunto homogéneo, dadas las tendencias representadas en su seno. Una de ellas, temerosa de cometer delitos de lesa democracia, está dominada por el jefe del Estado y el jefe del Estado Mayor, general Tagmac. Los malévolos murmuran que tal tendencia tiene vinculaciones económicas con los partidarios del inmovilismo provechoso para los grupos de presión. Otra fracción, encabezada por el general Batur, menos respetuosa de la letra de la Constitución y más de su espíritu estaría dispuesta a trazar nuevos caminos para la andadura turca. Finalmente, están los jóvenes oficiales, para quienes la fórmula kemalista está rebasada y que reclaman soluciones radicales. Por no haber prevalecido ninguna de estas tendencias, se neutralizan. Pero no llame a engaño el orden impuesto y mantenido por el Ejército, que da una inexacta impresión de estabilidad. Los remolinos a nivel gubernamental y parlamentario son reflejo del mar de fondo existente en un país cuya geografía lo convierte en presa apetecible, singularmente en una coyuntura en que el centro de gravedad de la política internacional tiende a desplazarse al Océano Indico y el Continente asiático.

Avanzada de la OTAN, pero eslabón un poco suelto de la cadena de alianzas occidentales, la Turquía de la democracia de tipo occidental mantiene relaciones de buena vecindad con la URSS, cuyas naves, rumbo al Mediterráneo, pasan sin tropiezos los estrechos. Turquía corresponde de este modo al apoyo que, de pronto, Moscú le prestó en la cuestión de Chipre. Sin embargo, cabe que la nueva estrategia soviética, consecuencia de la insoslayable tripolaridad—y de la que es exponente la actitud adoptada en el conflicto indio-pakistaní—, considere la conveniencia de una Turquía con democracia popular, susceptible de servir mejor los intereses nacionales de la URSS que la actual, de todos modos ligada a Occidente. Malestar económico y social, necio conservadurismo, disputas entre partidos y un Ejército formando una impávida guardia pretoriana en torno a instituciones inoperantes, podrían serrar la rama democrática en que pretende mantenerse Turquía.

LAS RELACIONES ENTRE IRÁN E IRAQ

Serían precisos mil ojos para contemplar los múltiples acontecimientos del momento actual y no tenemos más que dos, o sea, una limitada capacidad de atención que sólo permite ver una reducida parte de la realidad en la que estamos inmersos: aquella que destaca por su virulencia o por los claros peligros que entraña. Así, puntos de máximo interés y preocupación son en estos días el subcontinente asiático y el Cercano Oriente, afectados por conflictos que, aunque localizados en sus planteamientos básicos, han adquirido dimensión internacional por estar comprometidos en ellos grandes Potencias que actúan a modo de protectores: la URSS y China Popular, en el enfrentamiento indio-pakistaní; la URSS y los Estados Unidos, en el viejo pleito árabe-israelí, al que se suma ese nuevo e inquietante factor que es China Popular, aun cuando se limitara a ejercer su acción en el marco del Consejo de Seguridad y no dejase ir al teatro de operaciones esos jóvenes voluntarios chinos que están dispuestos a unir sus esfuerzos a los de la resistencia palestina, como ha dicho Pekín.

Pero junto a estos nada tranquilizadores vértices de la actualidad mundial, y pese a la penumbra en que dejan al resto de los acontecimientos, está, en el Sudeste asiático, el empeoramiento de la situación, no ya sólo en Vietnam del Sur. Síntoma de tal empeoramiento es el golpe de Estado thailandés del 17 de noviembre, casi desesperado intento de ponerle vallas a la marea que amenaza con sumergir al vecino camboyano y el Sur del también vecino Laos. Y al Oeste, allí está el golfo Pérsico, de cuyo escenario las fuerzas británicas han de retirarse a finales de año, dejando en pos de sí una serie de tensiones y de eventuales choques armados de mayor o menor importancia. No cabe enumerarlos, ya que, de hecho, se reducen a dos tendencias que bregan por imponerse en esa área: una, que puede llamarse «moderada», constituida por Irán, Arabia Saudita y Kuwait; otra, calificada de «progresista», representada por Iraq y la República Democrática del Yemen. Entre ambas fluctúa o podrían fluctuar los diversos Estadosillos que corresponden a los antiguos emiratos y sultanatos de la Costa de los Piratas, recientemente independizados. Ricos unos, por tener petróleo; pobres otros, por no tenerlo, carecen en sí de importancia. No pasan de ser, en cualquier caso, zarandeados o zarandeadables peones del partido que juegan Irán e Iraq, ambos vitalmente interesados en predominar en ese golfo que es su única salida al mar; luego, la de su producción petrolífera, base

de sus economías. De ahí el común y antagónico propósito de que se resuelva en favor de la tendencia que representan el pequeño y nunca aplacado conflicto entre Yemen del Norte, que tiende a la moderación de Arabia Saudita, y Yemen del Sur, izquierdista, situados, respectivamente, a la salida del mar Rojo y del golfo Pérsico, y ambos susceptibles de controlar el estrecho de Bab-el-Mandeb, de suma importancia llegada la hora de la reapertura del canal de Suez, por hipotética que parezca a estas alturas.

Sin embargo, en lo inmediato, la tensión entre Irán e Iraq no se manifiesta abiertamente en ese sector del Pérsico, que les coge un poco a trasmano. Las fricciones se han venido produciendo en torno al Chat-el-Arab o desembocadura de un Eufrates fronterizo, que Iraq estima ser de su soberanía. El pleito es sólo un aspecto del común deseo de no quedarse a la zaga de los acontecimientos que se deriven de la retirada británica, por eso de que «quien da primero da dos veces». Mas la prudencia aconseja a Iraq no dejarse arrebatar por afanes bélicos y recordar que Irán dispone de un buen ejército bien equipado, merced a compras de excelente material iniciadas hace un par de años por valor de 850 millones de dólares anuales, lo que se traduce en tanques, helicópteros y 140 «Phantoms».

La prudencia no pareció aconsejar excesivamente a Bagdad a mediados de octubre, durante las festividades de Persépolis, cuando expulsó a centenares de iraníes residentes en Iraq alegando concentraciones de tropas del país vecino en las fronteras y violaciones de su espacio aéreo, calificadas de «provocaciones», destinadas a distraer la atención con vistas a ocupar las tres islas del Pérsico que Irán reivindica: Abu Musa, Pequeña Tumb y Gran Tumb. Las tales islas, mejor dicho, islotes o peñascos desérticos, son de singular importancia para el control de la navegación en el Pérsico, dada su situación junto al estrecho de Ormuz. Sucesivamente ocupadas por Irán y Gran Bretaña, están actualmente bajo la soberanía de dos ínfimos emiratos árabes, Sharjah y Ras Jaima, incapaces de hacerse cargo eficazmente de ese cerrojo de seguridad para la navegación por el Pérsico y, por ende, para la salida del petróleo, que si es fundamental para la vida de los países productores, no lo es menos para el mundo occidental.

A finales de octubre, parecía inminente la ocupación por Irán de esos islotes, previo acuerdos con los emiratos que los detentan. No sucedió nada de lo que se suponía, es decir, una acción de Bagdad en la frontera iraní para entorpecer la instalación de su vecino en unos puntos cuya posesión le daría el indiscutible dominio del golfo Pérsico. El silencio envolvió el

asunto, cual si Teherán hubiera desistido de su empeño. Pero he aquí que recientemente ha vuelto a levantar cabeza el problema kurdo, que durante años fue la pesadilla de Bagdad. El acuerdo de marzo de 1970, firmado entre el gobierno central y esa minoría pareció zanjarlo. No hay tal, de dar crédito a las declaraciones que acaba de hacer el dirigente kurdo Mustafá Barzani. Además de expresar su temor de un ataque armado del gobierno central a su montañosa región, ha manifestado que el atentado contra su vida del pasado septiembre fue obra del presidente El Bakr. Hasta ahora había silenciado semejante grave acusación.

Aunque no fuera cierto lo que afirma Bagdad, o sea, que los kurdos de Iraq reciben apoyo de los kurdos iraníes, es decir, de Teherán, se evidencia lo oportuno de una crisis entre el gobierno central de Iraq y su tenaz y combativa minoría kurda que, está claro, daría a Irán mayor libertad de movimientos en el golfo Pérsico, concretamente para hacer acto de presencia en los tres islotes apetecidos, ello sin que Iraq pudiera salir en su defensa en nombre de una arabidad bajo cuya bandera pretende amparar esa región. Por consiguiente, sería para Irán una feliz circunstancia que un conflicto doméstico alicortara los vuelos a Iraq, con lo cual podría llevar a cabo pacíficamente la proyectada ocupación que, por lo demás, no es sólo rentable y conveniente para ese país, sino para el mundo occidental. De ser así, el eventual conflicto kurdo-iraquí podría ser una buena baza para la sutil política de Teherán, una política en la que apenas si incide la amenazadora fogata del Cercano Oriente, siempre y cuando, por supuesto, que sus llamas no se propaguen a diestra y siniestra.

LOS EMIRATOS ÁRABES DEL GOLFO PÉRSICO

Carece de importancia que sea Iraq o Libia, ésta en nombre de la Federación Árabe, el país que someta al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas el asunto de las tres islas del estrecho de Ormuz ocupadas el 30 de noviembre por Irán. El callado forcejeo es mero exponente del deseo de ambos por figurar cada uno como adalid de un progresismo o socialismo que pretende ganarse a todo el mundo árabe y llevarlo por derroteros que no coinciden. Tal se evidenció en ocasión de los sucesos de Sudán del pasado julio. Iraq estuvo a favor del golpe de Estado; Libia fue el artífice del contragolpe de Estado. Lo que está claro es que si «nadie escarmienta en cabeza ajena», otro tanto le sucede a los países. La observación viene

a cuento de que la incapacidad manifiesta del Consejo de Seguridad para ponerle vallas al conflicto indio-pakistaní no parece haber escarmentado a los dirigentes árabes, disuadiéndolos de pedir justicia ante el supremo organismo internacional. Sin embargo, es de destacar que el dinámico coronel Gaddafi, sin esperar hipotéticos resultados de la queja, ha decidido, ni corto ni perezoso, retirar los fondos libios de los bancos británicos y nacionalizar la British Petroleum, a la que queda el consuelo de una indemnización.

Ha tomado más iniciativas el coronel Gaddafi. Su reciente viaje al golfo Pérsico, aparte de un intento de pisarle el terreno a Iraq, apunta a introducir un factor político en la Organización de Países Exportadores de Petróleo, la OPEP, basada en lo económico y comercial. El objetivo es aislar a Irán y sancionar a Gran Bretaña, que ha permitido la ocupación de las islas. Pero Irán, que domina en el Pérsico, no tropezaría con obstáculos para exportar su mercancía. En cambio, esa muy peculiar huelga afectaría sí a Gran Bretaña y países occidentales ajenos al problema, aunque sobre todo a los países árabes vendedores, con arcas menos repletas que las de Libia, que puede «aguantar» aun echando el cierre a su comercio. O sea, de aplicar los países árabes del Pérsico—que ellos llaman el Arábigo—las represalias que propugna Libia, su actitud recordaría la de aquel centinela que no pedía el relevo para fastidiar al cabo de guardia.

Por lo demás, hay inicialmente una cierta confusión en el pleito de las islas ocupadas. En efecto, Abu Musa, la mayor de las que dominan el estrecho de Ormuz, debería quedar al margen de la protesta, toda vez que Teherán había llegado a un acuerdo previo a la ocupación con el emirato de Sharjah, titular de su soberanía por obra y gracia de Gran Bretaña, que, en tiempos, la sustrajo a la soberanía del entonces decadente país que era Persia, hoy Irán. Se ignora si Sharjah ha reconsiderado tal acuerdo, pero a efectos de protestas, Abu Musa figura junto a Gran y Pequeña Tumb, cuya soberanía ostenta, en las mismas condiciones de graciosa concesión, el emirato de Ras El Jaima, no integrado en la flamante Unión de Emiratos Arabes que desde el 2 de diciembre es independiente, miembro de la Liga Arabe y que ha recibido hace unos días el espaldarazo de la ONU.

Es decir, que las circunstancias están creando rápidamente las condiciones precisas para que puedan encrespase a más y mejor olas geográficamente ajenas a un golfo en el que existen nada menos que catorce Estados o emiratos ribereños. Son muchos para que no anden o puedan andar a la

greña, dado en particular que los catorce vecinos se dividen fundamentalmente en moderados y variadamente progresistas. Si los representantes de la sensata moderación, Arabia Saudita y Kuwait, junto con Irán, constituyeran un frente unido para asegurar la defensa y el sosiego del Pérsico, quedarían neutralizados los manejos subversivos o que resultan subversivos, aunque partan de una quisquillosa preocupación de independencia nacional, frecuente en países que padecen el complejo de colonización o protectorado.

Británicos y norteamericanos trataron de favorecer esa federación centrada en la defensa colectiva y que comprendía a dos países árabes estables e Irán. Pareció tomar cuerpo con motivo del viaje a Teherán del ministro de Asuntos Exteriores de Arabia Saudita en abril de 1970. Pero la propuesta concreta iraní no fue aceptada. Aunque Arabia Saudita y Kuwait se percaten de la conveniencia de aunar esfuerzos con el más fuerte—indiscutiblemente, Irán—para ponerle cortapisas a una amenaza, que tanto como de subversión es de incoherencia, ambos están trabados por su pertenencia a la arabidad. Unos acuerdos con Teherán los haría pasar por traidores a la causa árabe. Para no incurrir en ese reproche, que podría originar remolinos internos, prefieren correr el riesgo de sufrir los embates de un llamado pogresismo del que Iraq es la máxima representación en una área que Libia pugna por tutelar. Mas como quiera que el progresismo se arropa en la arabidad, y la convierte en sagrado denominador común para la unidad de acción de los trece ribereños árabes del Pérsico o Arábigo, los dos moderados no pueden actuar en defensa de su interés y salvaguarda de sus sistemas político y social.

No será la adhesión a la independencia de emiratos que eran protectorados la que aportará estabilidad en esa región. Consciente de que su retirada dejaría al garete los siete débiles emiratos de la Costa de los Piratas o de la Tregua, el 30 de marzo de 1968 Gran Bretaña creó una federación que incluía además a Bahrein y Qatar. Antes de que esa nave emprendiera viaje, éstas optaron por quedarse en tierra al pedir su total independencia, conseguida el 14 de agosto y 3 de septiembre últimos, respectivamente. El emirato de Ras El Jaima, titular de Pequeña y Gran Tumb, no se ha embarcado en la Unión de Emiratos Arabes, que se ha hecho a la mar hace unos pocos días. Se ha quedado solo, con el inmediato inconveniente de que tanto Iraq como Libia se desviven por aportarle ayuda y consejos, pese a ser antagonicos entre sí. A este motivo de tensiones se agregan otros, como son las reivindicaciones territoriales existentes entre los emira-

tos de esa Unión. Así, Abu Dhabi reivindica a Dubai aproximadamente la mitad de su territorio, aparte de reclamar a Qatar, una región al Sur de la península, en tanto que Dubai, a su vez, reclama una región de Sharjah. Como no existen documentos para trazar fronteras, pueden adelantarse interminables dimes y diretes. No paran ahí las reivindicaciones: Bahrein pretende la parte de la costa Noreste de Qatar de la que es oriunda su familia reinante. Entre Iraq y Kuwait las fronteras están mal definidas, lo que no aporta cordialidad en sus relaciones. Finalmente, la decisión de 1969 tomada por Sharjah, y que amplía en 19 kilómetros sus aguas territoriales —aplicable a Abu Musa, en cuya proximidad se ha descubierto un yacimiento de petróleo—, plantea la pregunta: ¿Corresponde ese yacimiento a Sharjah o ha pasado bajo control iraní? Por si fuera poco, esa ampliación de aguas territoriales perjudica a Dubai... Gran Bretaña había puesto una sordina a la algarabía en el Pérsico. Al estar en familia, todos alzarán la voz.

EL NACIMIENTO DE BANGLA DESH

Originada por una serie de hechos y errores concatenados, la agudizada tensión existente desde hace meses entre Pakistán y la India había de desembocar fatalmente en el choque armado y sin tapujos iniciado el 3 de diciembre. Así culminó una lenta escalada de la que Nueva Delhi tomó la iniciativa. Del apoyo al Mujti Bahini o guerrilla bengalí, con base en territorio de la India, el ejército hindú pasó a mantener en estado de alerta, junto a las fronteras, a las unidades pakistaníes, facilitando así las operaciones en retaguardia de la guerrilla infiltrada. En fase posterior, ese ejército emprendió «acciones defensivas», paradójicamente realizadas en territorio vecino. Finalmente, la máquina bélica india se puso en marcha. Como castillos de naipes fueron cayendo las ciudades de Pakistán Oriental, donde las fuerzas defensoras cometieron la equivocación táctica de encerrarse en lugar de combatir en campo abierto con posibilidades de maniobra y hostigamiento. La conquista de Dacca remató la liberación, según unos; la ocupación, según otros, de un territorio cuya población es musulmana en un 80,4 por 100. Sin demora, la India y sus protegidos estimaron que empezaba a vivir una nueva nación, el Bangla Desh, ya proclamado el pasado 17 de abril en Calcuta por los dirigentes de la Liga Awami.

En cambio, lo que sí ha terminado es un capítulo de la historia del subcontinente indostánico, tal como la trazara Gran Bretaña en 1947, con la preocupación de establecer en esa vasta región el sistema de equilibrio o balanza de poder que, durante siglos, informó su acción política en el ámbito internacional. Del fracaso rotundo de semejante propósito es claro testimonio el dramático conflicto, con la agravante de que la URSS y China Popular se afanarán por convertir el subcontinente en palestra de su implacable rivalidad, con todos los riesgos que ésta entraña para la paz mundial, mientras las Potencias occidentales parecen optar por ser espectadoras del combate. Sin embargo, aun con cierta prudencia, los Estados Unidos juegan la carta pakistani, después de retirar a la India los créditos concedidos para la adquisición de víveres, lo cual no simplificará los graves problemas de este país, a los que, por fuerza, han de sumarse los del Bangla Desh.

Porque una cosa es extender la partida de nacimiento de una nación y otra, más peliaguda, echarla a caminar y asegurar su andadura cuando las catástrofes naturales y la guerra han desorganizado el país, destruido las vías de comunicación y aniquilado la modestísima industria, y cuando se han perdido, por no recogidas, las cosechas de arroz y, sobre todo, de yute, principal riqueza de una región de 150.000 kilómetros cuadrados en la que se apiñan unos 75 millones de habitantes. A estas circunstancias, es preciso agregar la carencia de cuadros administrativos, diezmados por las feroces matanzas pakistaníes, seguidas de las no menos feroces matanzas bengalíes. Lo que abunda son las organizaciones políticas, de momento integradas en el Mujti Bahini, teórica expresión armada de la Liga Awami.

Reconocido el Bangla Desh por la India el 6 de diciembre, cabe dudar que los grupos izquierdistas—incluido un partido maoísta—admitan sin rechistar un gobierno formado por los seguidores de Mujibur Rahman, a quienes ya se acusa de haber permanecido en Calcuta durante las operaciones. Es decir, que los guerrilleros, con su mayoría musulmana dividida en facciones enfrentadas, entre las que destaca la izquierdista de Mohammed Toha, bien pueden romper sin tardar la frágil cohesión lograda durante el conflicto. Pero aun en el caso de un disciplinado acatamiento al gobierno instaurado en Dacca por los dirigentes de la Liga Awami, que, bajo la dirección de Mujibur Rahman, ocupaba una posición centrista en el mosaico político del Pakistán Oriental, la India habrá de prestar ayuda masiva y apoyo

incondicional al recién nacido y destrozado Bangla Desh, no sólo en lo inmediato, sino durante largo tiempo.

De suerte que, liberador y liberado, gravitarán el uno sobre el otro, aunque se mostrara muy espléndida la URSS, metida de hoz y de coz en ese pozo sin fondo que es el subcontinente indostánico, de muy lento desarrollo económico y demencial crecimiento demográfico. Tal vez sea para la URSS pagar muy caro el éxito geopolítico conseguido mediante la India, un éxito que ha puesto en estado de alerta a una China humillada y derrotada en el primer asalto del combate soviético-chino por la supremacía en Asia, pues todo indica que China dista mucho de considerar la situación como definitiva.

El caso es que los planteamientos básicos del Bangla Desh en lo político y lo económico brindan a China oportunidades de fomentar la subversión o la agitación, por estar a la vista problemas vitales cuya solución no es fácil, aun contando con una ayuda internacional fabulosa. Y en el hambre y la miseria pueden hacer hincapié partidos y grupos de izquierda opuestos a un gobierno constituido por elementos burgueses—pese al comodín del rótulo «socialista»—. Además, junto a Bangla Desh está Bengala occidental o hindú. Las sucesivas divisiones y reunificaciones británicas de la región, hasta la partición de 1947, no han modificado el hecho de identidades raciales, culturales y de idioma entre los dos trozos separados. En cuanto a la cuestión religiosa, no parece ser insuperable barrera: 40 millones de musulmanes viven actualmente en la India. A las identidades señaladas se suman semejanzas políticas: en Bengala occidental, junto al partido comunista, de obediencia soviética, hay un activo partido maoísta y una guerrilla campesina, un tanto anárquica, que se cuida de recuperar tierras cultivables previa eliminación de sus propietarios: los *Naksalitas*. Es decir, el caos reinante en Bangla Desh—que necesitará tiempo para ordenarse—, bien podría propagarse a un colindante Bengala occidental, que no es balsa de aceite, creando así a Nueva Delhi dos focos de agitación animados por un común deseo de reunificación, para dar paso a un gran Estado independiente de más de 120 millones de bengalíes. No sería fácil ponerle trabas a un movimiento de índole nacionalista, tan natural y lógico.

Así, pues, Indira Gandhi y sus halcones, después de llevar a su casa la gran pelea soviético-china, corren posiblemente, entre otros riesgos, el de haber desencadenado en la Unión India una serie de reacciones separatistas.

tas, ya que no sólo Bengala occidental podría desear sacudirse el peso del gobierno central. No en vano la sabiduría popular aconseja: «Cuando las barbas de tu vecino veas pelar, echa las tuyas a remojar.» Ello, suponiendo que el Pakistán de Ali Bhutto no tratará de recuperar sus barbas. Es mucho suponer, dada la gran partida que China y la URSS juegan en el subcontinente indostánico y cuya puesta es Asia. De ahí que Indira Gandhi no sepa si ha terminado la guerra, según ha declarado.

LIUDPRANDO